

INÉS PÉREZ¹

Corazón de hojalata, hogar de terciopelo
La cocina, epicentro del mundo doméstico
 (Mar del Plata – Argentina, 1950-1970)

Heart of tin, Home of Velvet
The Kitchen, Epicenter of the Domestic World
 (Mar del Plata – Argentina, 1950-1970)

María Fernanda: He descubierto un mundo que no soñaba. Un mundo tan pequeño, tan minúsculo, que puede caber entre mis dos manos cerradas. Y que a pesar de su pequeñez puede encerrar toda la felicidad.

Alfredo: ¿Cuál es ese mundo?

MF: Alcánceme la harina por favor...

A: La harina... ¿dónde está?

MF: ¿No le dije que cada cosa está en su sitio?

A: Claro, perdón... Tome

MF: Gracias.

A: ¿Y cuál es ese mundo que descubrió?

MF: Es el hogar Alfredo, el hogar. Donde cabe todo lo bueno y todo lo hermoso, el hogar. Que puede ser un palacio o una choza y que no necesita del poder ni del dinero para ser rico, sino del amor.

Carlos Schlieper, *Esposa último modelo*

RESUMEN

El espacio en que transcurre la vida familiar ha sido objeto de intensas transformaciones a lo largo del último siglo. Se ha dicho que probablemente sea en sus condiciones materiales donde resida la influencia más visible, extendida y potencialmente homogeneizadora de la vida familiar en el siglo XX. Dentro de este espacio, la cocina ha sido pretexto para hablar *del* y hablarle *al* ama de casa: en la Argentina, a partir de mediados del siglo XX, es posible observar la emergencia de un nuevo modelo de ama de casa y de domesticidad prescripto en los discursos sobre este ambiente, aunque no sólo en ellos. En este artículo se exploran las distancias y las tensiones entre dicho modelo y los relatos de experiencias de distintas mujeres que narran su historia de vida, cuyo marco temporal coincide con el de la vigencia de dicho modelo.

Palabras clave: discursos sobre la cocina, modelos de mujer y familia, prácticas cotidianas.

¹ Universidad Nacional de Quilmes (Argentina).

ABSTRACT

The place where family life takes place has undergone significant changes over the last century. It has been said that the most apparent, widespread and potentially homogenising influences in the twentieth century family life were in the material conditions of the home. Inside the home, the kitchen has been a pretext for talking *to* and talking *about* the housewife in Argentina, the emergence of new models of housewives and domesticity considered in the discourses about this room, although not only there has been apparent since the mid-twentieth century. This article explores the tensions and distances between those models and the experiences related by various women who narrate their life story – which coincides in time with the life of the models. **Key words:** discourses about kitchen, housewife and domesticity models, everyday experiences.

SUMARIO

-1.Introducción. -2. Cocinas de papel, cocinas de memoria. -3. Cocinas acogedoras, hogares atractivos. -4. Racionalización del espacio, eficiencia del trabajo doméstico. -5. Cocinas equipadas, cocinas de confort. -6. Consideraciones finales: corazón de hojalata, hogar de terciopelo. -7. Bibliografía.

Introducción

El 27 de julio de 1950 se estrenaba en la Argentina un film que sería un éxito de taquillas. *Esposa último modelo*, dirigida por Carlos Shlieper y protagonizada por Ángel Magaña y Mirtha Legrand –figuras estelares del cine argentino de la época–, cuenta la historia de una joven adinerada y recién casada que no fue «adecuadamente» preparada para el matrimonio. Huérfana de pequeña y «malcriada» por su abuela y su nana, María Fernanda (Mirtha Legrand) debe recurrir en secreto a la ayuda de múltiples sirvientes para llevar adelante su hogar. Cuando finalmente su marido descubre este ardid, deja la casa y empieza los trámites de la separación. El diálogo que transcribimos arriba corresponde a la última escena del film cuando Alfredo (Ángel Magaña) descubre que durante su separación María Fernanda no sólo ha aprendido a cocinar y a mantener todo en orden, sino que además ha comprendido finalmente el valor del hogar. La escena se cierra con la imagen de la pareja abrazada; él, con un par de esarpines en la mano (María Fernanda acaba de revelarle que serán padres y, así, se convertirán en un «matrimonio perfecto»); ella, abrazándolo sonriente, mirando a la cámara con ojos soñadores. La escena final transcurre en la cocina de la casa, mientras María Fernanda amasa. La elección de este escenario, como veremos, no es casual: se trata, en efecto, del sitio con el que suele identificarse al ama de casa, un sitio que para ese entonces se había transformado en el corazón del hogar.

La cocina moderna condensa sobre sí dos imágenes contrapuestas, aunque no necesariamente contradictorias: la cocina como *corazón* del hogar; la cocina como *máquina* de preparar alimentos (Floyd, 2004: 62). De todos los ambientes de la casa, aquel para el que resultaron más adecuados los ideales de tecnificación y estandarización –propios de los «modernos» modos de habitar– fue la cocina. Al mismo tiempo, este espacio está cargado de sentidos personales vinculados a la construcción de identidades familiares y sociales. Lugar de preparación de la comida, lugar de limpieza, la cocina ha sido pensada como el *taller* del hogar, el espacio por excelencia del trabajo doméstico. Al mismo tiempo, y por las mismas razones, la cocina ha sido catalogada como sitio de sujeción femenina: el que distintas feministas desde fines del siglo XIX hayan diseñado viviendas que carecían de este ambiente no es un dato menor (Hayden, 1980).

Objeto de atención de arquitectos y constructores, de médicos, reformadores sociales y políticas públicas, la cocina ha sido siempre un medio para hablar de otra cosa: de la modernidad de la vivienda; de la salud de la población; de la moral familiar; del fomento ya del ahorro, ya del consumo; de la racionalización del trabajo doméstico. Puntualmente, ha sido pretexto para hablar *del* y hablarle *al* ama de casa: en Argentina, a partir de la década de 1950 es posible observar la emergencia de un nuevo modelo de mujer doméstica en los discursos sobre la cocina provenientes de distintos ámbitos –presentado, sin embargo, bajo una apariencia de continuidad respecto de los ideales vigentes– (Nari, 2004; Kertzer y Barbagli, 2004). Ya a fines del siglo XIX, la escisión de los espacios *públicos* y *privados*, como correlato la separación de producción y reproducción, supuso la creación de dos papeles esenciales en el estereotipo de familia que se identifica con las décadas centrales del siglo XX: el hombre proveedor y la mujer ama de casa. Sin embargo, desde los años cincuenta es posible rastrear algunos elementos novedosos en las imágenes de ama de casa y de domesticidad prescriptas: una nueva centralidad del consumo asociado al confort; una antes desconocida relevancia de indicaciones tendientes a la racionalización y al aumento de la eficiencia del trabajo doméstico; y una imagen del hogar (y de la cocina) como espacio de una vida hogareña armónica, plena y satisfactoria para cada uno de los miembros de la familia. La mujer ideal en el que estos elementos se apoyan es un ama de casa que, no importa el sector social del que provenga, realiza las tareas domésticas por sí misma, dando amor a los suyos y alcanzando así la felicidad propia. Si *Esposa último modelo* tiene una moraleja (y la tiene) es que sólo una mujer así puede no ser desdichada².

2 El siguiente diálogo entre María Fernanda y Lucas Alegre (un antiguo pretendiente de ella) tiene lugar cuando Alfredo abandona el hogar:

«María Fernanda: *Yo no puedo divertirme mientras mi marido hace las valijas para irse de casa.*

Lucas Alegre: *¿Y por qué se va del hogar?*

En lo que sigue estableceremos un contrapunto entre dos tipos de discursos sobre la cocina: unos, de carácter eminentemente prescriptivo, cuyo origen y primera circulación se dieron en un medio técnico –aunque llegaran luego a circuitos de distribución más amplios–; los otros, de carácter descriptivo, son relatos de la vida familiar, narrados en primera persona, contruidos en situaciones de entrevista, tramados con los hilos de la memoria, de las prácticas y de la experiencia de lo cotidiano. Trabajamos con los relatos de 18 mujeres de una clase media definida de un modo amplio –dentro de la que buscaremos dar cuenta de una amplia diversidad de situaciones y experiencias³– y de distintas generaciones, todas residentes en la ciudad de Mar del Plata⁴. Parafraseando a Giovanni Levi, tomamos el caso de Mar del Plata como *pretexto*, como sitio donde estudiar una problemática desde la complejidad que permite un estudio de caso (Levi, 1985).

MF: Porque él soñó con otra mujer. Con una esposa útil, capaz de atenderlo y de manejar una casa.

LA: Comprendo, él quiere una fregona.

MF: Tal vez para usted sean fregonas, Lucas. Pero para mí son mujeres maravillosas. Y créame que las envidio. Tienen la dicha de poder ofrecerles a sus hombres todo lo que ellos quieren, hecho por sus propias manos.

LA: Así les quedarán las manos...

MF: Así quisiera tenerlas yo...

LA: Pero usted es rica y ellas son pobres

MF: Sí, es cierto... Pero ellas dentro de su pobreza son felices. Yo, en cambio, con todo mi dinero, ah... me siento muy desdichada.

LA: No, no, no se ponga así. ¿A dónde quiere que la lleve?

MF: A cualquier parte... donde enseñen a cocinar.

LA: ¿Cómo?

MF: ¡Yo quiero aprender a cocinar!»

3 Una buena parte de la reflexión de las Ciencias Sociales sobre las clases medias estuvo orientada a comprender su lugar dentro de la estructura social y sus inclinaciones políticas. Aquí, en cambio, el acento está puesto en sus comportamientos culturales y, en particular, en los modos de habitar tomados como «deseables». En este sentido, se ha sostenido que lo que distingue a las clases medias es su propensión a adoptar pautas y modelos culturales de los grupos sociales «superiores». El período abierto por el peronismo habría marcado tanto un crecimiento de las clases medias (que se habría mantenido en las décadas posteriores), como una acentuación de su búsqueda de distinción respecto de los sectores populares. Ahora bien, también se ha señalado la fuerte impronta que el imaginario propio de las clases medias tuvo sobre él las clases trabajadoras. De acuerdo a Maristella Svampa (2001), si la cultura del trabajo de los trabajadores era «peronista», sus aspiraciones de consumo, residenciales y educativas apuntaban más al estilo de vida de los sectores medios. La definición amplia de sectores medios que tomo obedece, entonces, a la intención de ampliar el registro de experiencias de la modernización del habitar que, de un modo u otro, se estructuraron en torno a una imagen modélica de hogar presentada como de clase media.

4 Mar del Plata es una ciudad balnearia, fundada a fines del siglo XIX, ubicada sobre la costa atlántica, 400 km al sur de la ciudad de Buenos Aires. Si bien nació como balneario de *elite*, desde mediados del siglo XX se volvió uno de los signos de la «democratización del bienestar». Por otra parte, desde su creación Mar del Plata contó con un puerto sobre el Atlántico que permitió el desarrollo de la industria de la pesca que, junto con el turismo y la industria textil, dieron impulso a la vida económica de la ciudad. El ritmo de crecimiento demográfico fue muy lento durante las primeras décadas. Sólo después de 1947 se superaron los 100.000 habitantes, valor que se duplicó en 1960 con el arribo de familias del interior del país y de la provincia. En la actualidad, la ciudad cuenta con una población de alrededor de 700.000 habitantes, lo que la ubica entre las cinco ciudades más pobladas de la Argentina.

Los discursos prescriptivos son retomados en los relatos de las experiencias cotidianas de modos disímiles. No todos los elementos aglutinados en las cocinas de papel y en el modelo de mujer doméstica que lo acompaña tuvieron la misma suerte en las cocinas de memoria. Algunos fueron recuperados con fuerza, al tiempo que otros fueron descartados, al menos en el plano de las referencias explícitas: los elementos presentes en los discursos prescriptivos fueron retomados en diferentes tiempos y de diferente modo por las mujeres de distintas generaciones y posiciones económicas. La circulación entre unos y otros discursos no es unidireccional ni evidente. Trabajaremos ambos tipos de discursos de manera conjunta para analizar cada una de las dimensiones que componen el modelo de mujer doméstica al que hiciéramos referencia. Esto nos permitirá situar lo narrado por las entrevistadas respecto del espectro de imágenes presentes en la época trabajada, reconstruir la circulación de referencias y representaciones entre distintos tipos de discursos y registros, así como las distancias y tensiones entre las cocinas de papel y las cocinas de memoria.

Cocinas de papel, cocinas de memoria

Hasta fines del siglo XIX la cocina ocupó un extremo de la vivienda. Las razones que explican este destino son, sin embargo, diversas. En la vivienda burguesa era tenida por un «...lugar lleno de humos, de olores agrios, ocupado por un horno cuyo calor afecta el cutis» (Henri-Guerrand, 1991: 39). En la vivienda obrera se trataba, en cambio, del único ambiente templado de la casa. Aún así, la necesidad de abaratar los costos de las construcciones (por la longitud de las tuberías que desembocan en el pozo ciego, por ejemplo) llevaba, en la mayoría de los casos, a situarla en el fondo del terreno, fuera de la planta de la vivienda. En la Argentina, entre aquellas familias trabajadoras que a principios de siglo habían accedido a una vivienda propia, la cocina tampoco era un «local habitable». Durante todo el siglo XIX, en efecto, la cocina fue desterrada del campo de actividad de los arquitectos (Henri-Guerrand, 1991). No fue sino hasta las últimas décadas de ese siglo que, de la mano de los higienistas, la cocina volvió a ocupar un lugar relevante en las discusiones sobre el diseño de las viviendas.

Se ha sostenido que en la Argentina existieron dos momentos de ruptura en el proceso de «modernización» de la cocina. El primero, en las últimas décadas del siglo XIX, en el que dos elementos distintivos se incorporaron a las viviendas de la alta burguesía. Por una parte, en esos años se ha observado la especialización de los lugares anexos a la cocina (bodegas, antecocinas, etc.), lo que habría redundado en un crecimiento en la importancia de las comidas como

evento familiar y social. Por otra, se ha señalado que los nuevos adelantos técnicos permitieron un control higiénico mayor.

El segundo momento de ruptura se inicia a mediados de la década de 1930, con la primera difusión de la cocina eléctrica y otros artefactos entre los hogares de mayor nivel adquisitivo (Crispiani, 1996). Dentro del campo de la arquitectura, desde los años 30 el modelo de la «cocina higiénica» comenzó a dar lugar al de la «cocina moderna», imbuido de los principios de diseño desarrollados en Alemania y en los Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XX. La cocina comenzó a concebirse como un espacio «eficiente», prototipo de las cualidades que debía tener la buena vivienda. La difusión de la cocina integrada a la planta de la vivienda entre los sectores medios y trabajadores, sin embargo, sólo tuvo lugar a partir de fines de los años cuarenta, junto con la difusión de unos «modernos» modos de habitar (Ballent, 2007). En estos años, las prescripciones sobre la cocina moderna alcanzaron los discursos de circulación masiva, discursos cuyo lector modelo era un ama de casa.



La reina de casa no debe ser una esclava,
Revista *Para ti*, 17 de agosto de 1954

En agosto de 1954, la revista *Para ti* publicaba un artículo que resume buena parte de los elementos condensados en la nueva cocina propuesta como ideal. Cómoda, bonita, bien equipada, mecanizada y adecuadamente organizada, la cocina moderna garantizaría el bienestar de la familia y la belleza del ama de casa. «La reina de casa no debe ser una esclava» rezaba el título de este artículo, en el que se analizaban las horas invertidas semanalmente por las mujeres en cada una de las tareas domésticas y se detallaban los novedosos artefactos que le permitirían a la dueña de casa ser también «reina de sí misma»:

«Una de las cosas que más gustan a un hombre es sentir que su esposa es una verdadera reina de su hogar. Pero hay veces en que para serlo la mujer se convierte en esclava de la cocina. Y el marido no se da por enterado. La culpa no sólo es de él. La mujer no ha utilizado todas las posibilidades que le ofrece nuestro siglo para ser "reina del hogar y de sí misma"».

[]

«¿Qué es la cocina sino un lugar de trabajo? Pero la mujer debe colocarlo a la altura de cualquier lugar de trabajo. El hombre en la oficina tiene su máquina de

escribir para hacer su trabajo más rápido. En las fábricas se estudia constantemente cómo distribuir las herramientas y las mesas de trabajo para que el obrero haga menos movimientos innecesarios y pueda producir más. En el campo el tractor es una aspiración de los agricultores. La mujer debe tener también su plan para "mecanizar" su cocina.»

«1891 a 1954. Lo que va de ayer a hoy. En medio siglo de progreso se mejoró la cocina colocando gas o electricidad a elementos del pasado como las hornillas y el horno. Pero también se han creado elementos totalmente nuevos, como la heladera (refrigerador), la congeladora, piletas para lavar alimentos y vajilla con agua fría y caliente, basurero automático, lavaplatos mecánico y comedor diario.»

«¿Qué gana al final del día? Unos cuantos minutos para descansar. ¿Qué se evita? Malos ratos. Y si rabia menos, y descansa más, seguro que su belleza estará más radiante. Es por eso que los utensilios de cocina son verdaderas "cremas de belleza" para la mujer». «La reina de casa no debe ser una esclava» (Revista Para ti, 17 de agosto de 1954).

En estos fragmentos pueden observarse los elementos constitutivos del modelo de cocina moderna que se difundió en Argentina en las décadas centrales del siglo XX: el confort, la racionalización del trabajo doméstico, el consumo de artefactos para su mecanización. Estos elementos, que constituyen los ejes del análisis propuesto en este artículo, son también soporte de la construcción de un nuevo modelo de mujer doméstica. En los próximos párrafos, trabajaremos sobre cada uno de ellos a partir de un contrapunto entre las cocinas de papel y las cocinas de memoria.

Cocinas confortables, hogares acogedores

La cocina moderna es bella. Las consideraciones estéticas sobre este ambiente, en efecto, habían comenzado a cobrar importancia en los años veinte (Liernur, 1999). Sin embargo, todavía durante al menos dos décadas las imágenes predominantes girarían en torno de criterios eminentemente higiénicos: la ventilación de las habitaciones, su amplitud y la necesidad de luz solar, estaban subordinadas al objetivo de garantizar la sanidad de la vivienda, entendida no sólo en términos médicos sino también morales (Crispiani, 1996). A partir de los años cuarenta el peso de las consideraciones estéticas fue considerablemente mayor. La ventilación de las habitaciones, por citar un ejemplo, seguía siendo una preocupación central, pero lo que molestaba ahora de los vapores de la cocina era su mal olor, y no ya las posibles afecciones vinculadas a ellos.

Los motivos de la comodidad y la practicidad, la imagen del ama de casa que pasa largas horas en la cocina y de la de la cocina como «corazón del hogar», resultan medulares en la construcción de la nueva imagen de la cocina ideal. La búsqueda de hacer de este ambiente un lugar acogedor está atada a una nueva importancia del trabajo doméstico y de la figura del ama de casa. La figura de la «mujer doméstica» es moneda corriente en los discursos destinados a mujeres ya desde las primeras décadas del siglo XX (Lienur, 1997; Nari, 2004; Cepeda, 2007). Sin embargo, en los discursos que la tenían a la vez por objeto y destinataria, aquella mujer confinada al ámbito del hogar no era en todos los casos responsable de la realización del conjunto de las tareas domésticas. Tanto en los manuales de economía doméstica como en las revistas femeninas de principios de siglo, el ama de casa debía vigilar que sus sirvientes cumplieran adecuadamente con las tareas. Sólo a las amas de casa de sectores populares correspondía realizar con sus propias manos las tareas de la casa y, en ese caso, el acento estaba puesto en el ahorro (de dinero), la gran virtud asignada a las mujeres pobres. Para mediados de siglo, en cambio, el ama de casa propuesta como modelo para unas clases medias cada vez más amplias –que incluyen a unos sectores trabajadores con un mayor acceso al bienestar y a sus signos de estatus– debe realizar las tareas de la casa por sí misma. En una cocina «*amable y acogedora*», debe a un tiempo resolver las tareas domésticas y compartir un momento con su marido e hijos. La figura de la cocina-comedor permitiría en buena medida esta simultaneidad de actividades. La unión de nuevos materiales permite amalgamar el imperativo de la higiene (y de la facilidad de la limpieza) y el de la calidez del nuevo centro del universo doméstico⁵. La cocina también es espacio para el diálogo con la familia y los amigos: en un contexto de informalidad y distensión, la cocina es un ámbito para un tiempo ameno.

5 La integración del espacio de la cocina con los del habitar familiar ya era visible en propuestas de amplia circulación en la ciudad de Mar del Plata hacia fines de la década de 1950. Resulta interesante señalar que estas propuestas aparecen en el diario de mayor tirada de la ciudad. Las notas sobre decoración comenzaron a ser publicadas en este medio en 1957 y continuaron saliendo hasta 1970. Si bien no se trata de una columna con una publicación regular o sistemática, la misma tiene mayor frecuencia de aparición durante los veranos, momento de menor «densidad» de noticias de otro orden pero también momento en el que este diario tenía una cantidad de lectores potenciales mucho mayor (por los turistas). Por otra parte, el período en el que las notas sobre decoración tienen un lugar dentro de este medio es el del auge de la construcción en la ciudad. Ahora bien, si en aquellos artículos no encontramos referencias explícitas al ama de casa o al trabajo, estos discursos pueden pensarse como hipotexto de otros que serán publicados con regularidad durante toda la década de 1960 en el mismo medio, en una columna dedicada al público femenino del diario. En ellos, la cocina es descrita como corazón del hogar, ámbito de eficiencia y exactitud, espacio cuya belleza merece la admiración del ama de casa que desde allí, confortablemente, reina sobre el mundo doméstico.

La imagen siguiente es un ejemplo de este tipo de usos. La escena retratada es la de una celebración de los padres de una de nuestras entrevistadas (Cristina G.); una reunión con amigos en la cocina. La cocina fotografiada está llena de gente, es escenario de algarabía. El padre de Cristina, con quien ella se identifica, es uno de los retratados en ella: es quien, mirando a la cámara, levanta una mano.



Fotografía perteneciente a Cristina G. (sin fecha)
Archivo personal

Cristina G. nació en 1959. Fue la más joven de los tres hijos de sus padres; ella, ama de casa; él, comerciante de vinos. Su infancia transcurrió en una casa cuya planta resultaba típica en aquel entonces: dos habitaciones, un baño, comedor (o sala de estar), garaje y cocina. Las dimensiones de la cocina de esta vivienda son prácticamente iguales a las de cualquier otro ambiente de la casa, en particular a las del comedor: 3,05 m. por 3,70 m. de la cocina contra 3,05 m. por 4 m. del comedor (o estar). Y, en efecto, de acuerdo al recuerdo de Cristina, la cocina era el lugar en el que transcurría la vida familiar cuando ella era una niña:

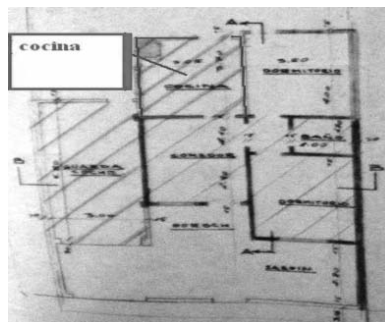
I: ¿Cómo era la cocina, porque usted la describió como una cocina muy grande...?

C: Muy grande, no... es grande para lo que hoy en una casa se usa. Una cocina, cómo te puedo decir, de 4 por 3... una cosa así.

I: ¿Y por qué tan grande? ¿Qué había ahí?

C: Y es que la vida nuestra era ahí. Viste, el living (sala de estar) que uno usa... Yo ahora no tengo nada. Vivo ahí arriba entre las cajas... pero, no eran un lugar... hoy en día vos tenés una casa y tenés una cocina para cocinar y un living para charlar, mirar televisión, recibir amigos... Allá no. Si venía alguien tomábamos mate en la cocina, charlábamos en la cocina, todo en la cocina...

I: ¿Y su papá también cuando estaba en casa estaba en la cocina?



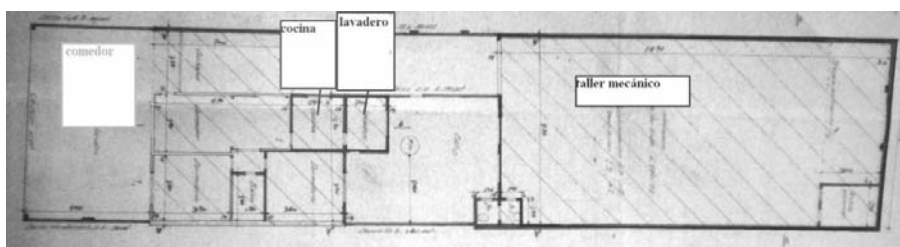
Planta de la casa de Cristina G. (1967)
Archivo personal

C: Sí, sí.

I: Todo el mundo...

C: *Todo el mundo. Para mí, yo siempre le decía a mi vieja (mi madre) "tendríamos que tirar esta pared..." claro porque era al pepe (inútil) tener un living (sala de estar). ¡Si no se usaba! Ay, no, porque mi vieja (madre), viste, no. Pero realmente era así, si la vida nuestra era ahí adentro»* (Entrevista a Cristina G., enero de 2007).

Ahora bien, en el nivel del relato de los usos cotidianos del espacio doméstico, se registran elementos que dan cuenta de un desdoblamiento de este modelo. En los discursos de nuestras entrevistadas la permanencia en la cocina y su consideración estética (o la preocupación por su correcto equipamiento) no parecen ir de la mano. Entre las más jóvenes son muchas las que recuerdan la presencia casi permanente de sus madres en la cocina, al tiempo que el recuerdo de la propia permanencia allí ya como adultas es bastante más raro. Sin embargo, son ellas las que rescatan dicho ambiente como espacio privilegiado en el gasto o en las reformas del hogar. Un buen ejemplo es el de María del Carmen R., una de nuestras entrevistadas de la generación más joven. María del Carmen, que había nacido en 1943, contrajo matrimonio y se cambió a la que había sido la casa de sus suegros en 1964. En ese momento, ella y su marido decidieron hacer una serie de reformas en la vivienda. Las más importantes fueron la construcción del taller mecánico de su marido y la ampliación y relocalización de la cocina (¿el taller de ella?) –junto a la construcción de un pequeño lavadero.



Planta de la casa de María del Carmen R. (1970 aproximadamente)

Archivo personal

María del Carmen señala que –en abierto contraste con las prácticas de su familia de infancia y particularmente de su madre, que siempre estaba en la cocina– su familia de adulta come en el comedor:

«Entrevistadora: ¿Estaba mucho tiempo en la cocina usted, la usaba para estar?»

María del Carmen: No. Yo no estaba mucho en la cocina, no. Usamos el comedor nosotros. Siempre usamos el comedor. Almorzamos y cenamos en el comedor. Es más. Desayunamos en el comedor. Cada uno se trae su bandejita y desayunamos en el comedor.

E: ¿Y en su casa de chica o en la casa de su marido?

M: No, mi vieja no. Mi vieja no usaba el comedor. Mi vieja te sabe usar el comedor... (...) Pero así que yo no vengo de usar el comedor. Mi mamá siempre comió en la cocina y vos vas ahora cerca del mediodía y está en la cocina comiendo. Y le digo "mami, ponéte en la de costura por lo menos... ¡Ponéte ahí, tenés la tele cerca!" Viste, no, la ves sola comiendo medio a lo oscuro en la cocina.» (Entrevista a María del Carmen R., marzo de 2009).

«Entrevistadora: ¿Cuál fue de los ambientes de la casa el que más satisfacción le dio haber terminado? Decir "bueno, pude terminar..."»

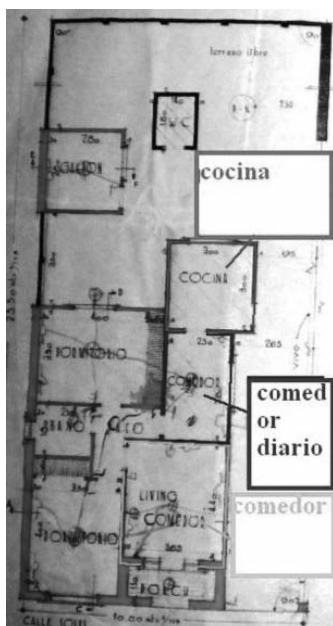
María del Carmen: Ah, bueno, el sueño mío era la cocina. El sueño mío era la cocina, cosa que es el lugar que menos uso (risas)» (Entrevista a María del Carmen, marzo de 2009).

En el discurso de María del Carmen –como en el de otras entrevistadas de su generación–, las madres eran quienes estaban en la cocina; ella, en cambio, disfruta de toda la casa. El yo de este discurso se compone a partir de un contraste con la figura de la madre y de las mujeres mayores, la «dueña del afuera» en oposición a la «dueña de casa». María del Carmen trabajó desde joven en distintos empleos que sólo dejó después del nacimiento de sus hijas y, aún entonces, habla de sí misma como de una mujer que siempre encontraba tiempo para pasear y disfrutar. Sin embargo, en el marco del recuerdo de las modificaciones hechas al diseño original de la casa, ante la pregunta por el ambiente cuya reforma le brindó más satisfacción, María del Carmen vuelve a la cocina, insistiendo de todos modos en el poco tiempo que ella pasaba en aquel ambiente.

Su madre, Blanca E., nacida en 1922 en Juárez, llegó a la ciudad de Mar del Plata con su marido y sus dos hijos en 1954. El marido de Blanca tenía un camión con el que transportaba material; ella cosía «para afuera». Al llegar a Mar del Plata, compraron una pequeña casa que fueron modificando en los años siguientes hasta dejarla prácticamente en su estado actual en 1958. Ante la pregunta por el ambiente que mayor satisfacción le brindara su construcción, Blanca eligió un espacio distinto al que pudiera haberse previsto escuchando el relato de su hija. Blanca sale de la cocina y vuelve al comedor diario (espacio que en el relato de María del Carmen es llamado «sala de costura»):

«Entrevistadora: ¿Y cuál es el espacio de la casa que más disfrutó haber podido hacer?

Blanca: Éste (refiriéndose al comedor diario). Éste porque acá trabajaba yo» (Entrevista a Blanca, septiembre de 2008).



Planta de la casa de Blanca E. (1959)
Archivo personal

Entre las más jóvenes, para quienes la imagen de las madres de antes fijadas en la cocina connota una figura de mujer dedicada a la casa, movida por un ideal de sacrificio, la cocina, sin embargo, puede ser un motivo de orgullo. Entre las mayores, que efectivamente pasaban mucho tiempo en la cocina, el espacio privilegiado es el comedor: signo de distinción para muchas (no todos podían tener un comedor), espacio de trabajo para muchas otras (para un trabajo que, a diferencia del doméstico, da dinero). En contraste con la imagen de ella que construye su hija, Blanca vuelve repetidas veces en su relato sobre la figura de sí misma como trabajadora, como alguien que supo ganarse su propio dinero durante toda su vida. Esta imagen de sí es la que inspira la elección de su «ambiente predilecto».

¿Quiénes pasaban más tiempo allí y por qué? Lucía P., otra entrevistada –que nació en 1949, hija de un comerciante de la ciudad–, recuerda que cuando era pequeña la calefacción sólo se

encendía los domingos. El resto de la semana el único lugar templado en el que se podía estar un tiempo más prolongado era la cocina. En los dormitorios sólo se dormía y el comedor estaba reservado para los días de fiesta o para cuando había visitas. Ella y su hermano jugaban en la vereda; su padre sólo estaba de noche, cuando volvía de trabajar; y su madre, ella sí dentro de la casa, se quedaba en la cocina. Sin gas de red –que recién llegó a buena parte de los hogares marplatenses a fines de los años setenta, a muchos todavía más tarde⁶–, en una ciudad con bajas temperaturas en el invierno, las opciones no eran tantas, incluso para quienes, como esta familia, sin grandes dificultades económicas. Otros entrevistados hablan de pequeños calefactores a querosén que podían trasladarse de un

⁶ En este punto, es interesante señalar que de las 122.956 viviendas censadas en la ciudad de Mar del Plata en 1980, sólo en 44.566 se utilizaba gas en red como combustible para cocinar, mientras en 70.387 todavía se utilizaba gas envasado.

ambiente a otro. Pero la cocina, que de todos modos estaría templada, era la mejor opción. ¿Para quiénes? Para las amas de casa que, más allá de las prescripciones, eran quienes pasaban más tiempo *adentro*.

La transformación de la cocina en «corazón del hogar» se apoyó en dos elementos que tuvieron distinta suerte en el registro de las experiencias: por una parte, en los imperativos de la racionalización del espacio y el aumento de la eficiencia del trabajo doméstico que, como veremos, fueron recuperados sólo de un modo oblicuo en los relatos de nuestras entrevistadas; por otra, en una incitación al consumo de artefactos y materiales novedosos que dieron lugar a una imagen de la cocina tecnificada y eficiente –que caló de manera más profunda en el imaginario de las mujeres con quienes trabajamos. Sobre ellos volveremos en los próximos párrafos.

Racionalización del espacio, eficiencia del trabajo doméstico

Uno de los elementos centrales que pueden rastrearse en los discursos sobre la cocina de la época es el de la búsqueda de eficiencia tanto en la distribución del espacio como en la ejecución de las tareas de la casa, identificada en buena medida con los principios de la racionalización del trabajo reproductivo basada en criterios científicos y el uso de la tecnología para resolver las tareas domésticas. Si en el campo de la arquitectura la eficiencia comenzó a ocupar un lugar relevante como criterio para evaluar el diseño de la cocina a mediados de la década de 1930, la introducción de este parámetro en discursos de circulación más amplia puede rastrearse recién desde principios de la década de 1950 (Rybczynski, 1991; Freeman, 2004).

Un diseño racional es, ante todo, orgánico. Todos los elementos deben ser anticipados para evitar costosas reformas posteriores. Un diseño racional debía prever la organización del espacio en distintos centros de trabajo, tan claramente definidos como fuera posible: el centro de preparación, el de lavado, el de cocinado y el de servicio, así como de una salida directa al exterior –destinada a evitar que los proveedores de alimentos y otros productos atravesaran el conjunto de la vivienda. Los centros de trabajo tenían, además, un orden prescripto: tal como fueron presentados, debían seguir una línea de derecha a izquierda (con la excepción de las cocinas diseñadas para mujeres zurdas). El objetivo detrás de estas minuciosas indicaciones era disminuir la cantidad de tiempo muerto. Un criterio ergonómico guiaba la disposición de los distintos elementos: las alturas a las que debían situarse las superficies de trabajo, las medidas de mesadas y alacenas, la distancia entre los distintos centros y su organización, debían calcularse en función del cuerpo de «la mujer» –a partir de sus medidas estandarizadas o normalizadas.

Uno de los hitos en la difusión del imperativo de la racionalización del espacio fue la publicación de *La cocina. Especificación de sus elementos y forma de disponerlos para que faciliten todos los trabajos culinarios*, editado por Contémpora en Buenos Aires en 1952. Sin dirigirse especialmente a los arquitectos o constructores, sino más bien apelando a un público general, este libro se proponía como guía para el diseño racional de dicho ambiente⁷. El confort y la imagen de la cocina como un espacio habitable por toda la familia son elementos que se sumaban en este libro al imperativo de la eficiencia.

La magnitud de la difusión de los parámetros vinculados al aumento de la eficiencia del trabajo doméstico puede ser calibrada por su recuperación en un registro paródico. En 1962, *Claudia* –una revista que se presentaba como vanguardista y que apelaba a una lectora «moderna»– publicaba un artículo en el que, mediante el recurso a una codificación satírica, se hace explícito el conflicto entre las miradas expertas y profanas sobre el trabajo doméstico. El artículo reproduce una carta enviada por Inocencio Héctor Combi al director de la revista, una carta ficticia en la que este personaje explica las razones por las que estranguló a su mujer. Los motivos de la racionalización y la estandarización de las tareas reproductivas que, en sus versiones originales habrían tenido como objetivo reducir el tiempo y el esfuerzo implicados en ellas, dan lugar en este caso a un paradójico final: Combi no pudo más que asesinar a su mujer, que irrazonablemente se resistía tanto a adaptarse a estos criterios como a reconocer la primacía del (masculino) «cerebro» sobre las «alocadas» formas femeninas.

Para que la parodia tenga efecto, es necesario que su objeto sea bien conocido por los lectores. Sin embargo, el ideal de la racionalización del trabajo doméstico nunca tuvo en Argentina el peso que adquirió en otros países, donde el Estado participó activamente de las campañas por la racionalización del trabajo doméstico (Nolan, 1990). En Argentina, en cambio, aunque se ha observado una fuerte presencia de la figura del ama de casa en las campañas del gobierno peronista por la racionalización del consumo, las referencias a la organización «científica» del trabajo doméstico prácticamente no existieron. El hogar era pensado como unidad de consumo más que como unidad de producción (Milanesio, 2006; Elena, 2006). Por otra parte, tanto el lenguaje como los criterios asociados a la racionalización del trabajo doméstico llegaron sólo de

⁷ Este libro tuvo una amplia publicidad en la revista *Nuestra Arquitectura*, de la misma editorial, durante toda la década de 1950. Muchos de los artículos sobre la cocina publicados en esta revista durante esos años reproducían fragmentos del citado libro. Por otra parte, es posible observar fragmentos extraídos de *La cocina...*, con ligeros retoques de forma, en varios artículos publicados en distintas revistas destinadas a un público más amplio. El primer lugar en el que puede rastrear-se su presencia es en revistas de decoración destinadas a un público casi de élite como *Casas y jardines*, aunque más tarde también pueden rastrear-se en artículos y recomendaciones publicados en revistas femeninas como *Claudia* o *Para ti*.

manera oblicua al mundo de los documentos oficiales⁸. Los ideales del higienismo todavía tenían más fuerza en este medio que los nuevos imperativos introducidos desde el campo de la arquitectura. Finalmente, en el discurso del Estado, el «ahorro» de trabajo aparecía más vinculado a la adquisición de los modernos bienes que la técnica, la ciencia y la industria habían puesto a disposición del ama de casa, que a un cambio en las formas de realizar las tareas o en las maneras de disponer el espacio.

Al no ser recuperado explícitamente por políticas públicas el imperativo de la racionalización fue retomado de manera disímil, descompuesto en distintos elementos, diluyendo así sus motivos centrales. Es notable que en un contexto en el que desde el Estado se bregaba por la profesionalización de las mujeres, y en particular de las amas de casa, las referencias a los imperativos vinculados a la racionalización del espacio y del trabajo doméstico hayan sido tan escasas.⁹ En los relatos de nuestras entrevistadas, incluso entre aquellas que tuvieron una participación clave como docentes o en puestos directivos de Escuelas Profesionales de Mujeres¹⁰, las referencias espontáneas al motivo de la racionalización han sido nulas y, ante la pregunta por él (y sus numerosas reformula-

8 Pueden rastrearse algunos de estos elementos en la elaboración de los programas de estudio de la asignatura Economía Doméstica de los planes de estudio de las Escuelas de Artes y Oficios y de las Escuelas Normales de 1950, pero en todos los casos, ocupan un lugar relativamente menor en el diseño curricular. En la mayor parte de los manuales de Economía Doméstica de la época, lo más usual es no encontrar ninguna alusión explícita al imperativo de la racionalización. Cuando ésta aparece, lo habitual es que los elementos que resultaban centrales en otros discursos sean referidos de forma dispersa. Puntualmente, en relación a la cocina, la consideración dominante es la de su correcto aseo. Cabe agregar que la propia asignatura Economía Doméstica, donde sería esperable encontrar ecos de una eventual campaña estatal por la racionalización del trabajo doméstico, había sido quitada, para este entonces, de la currícula de las escuelas primarias, de la que había formado parte al menos desde fines del siglo XIX y durante buena parte de las primeras décadas del siglo XX.

9 En Mar del Plata, en 1946 se abrieron dos espacios tendientes a la profesionalización de las mujeres y puntualmente de las amas de casa. Nos referimos a la Escuela Profesional de Mujeres –dentro de la que se dictaban cursos de cocina, lencería y labores, entre otros- y a los cursos de Cocina y economía doméstica que en ese año comenzaron a dictarse en el marco del Ateneo de Mar del Plata fundado en 1930. En general, quienes asistían a estos cursos eran jóvenes mujeres a punto de contraer matrimonio (o que lo habían hecho recientemente), que deseaban aprender a preparar platos ya para recibir visitas, ya para diario. El éxito de estos cursos fue de lo más notable. Para 1952, el curso de Cocina del Ateneo contaba con 199 inscriptos, seguido del de Historia, Geografía e Instrucción Cívica, con 132, el de Lencería. Con 128 y el de Labores con 126. La apertura de estos espacios se dio en el marco de un impulso a la profesionalización de la mujer de mayor alcance, dentro del que la creación de distintas escuelas profesionales para mujeres a lo largo de todo el país no fue un elemento menor. La creación de la Liga de Amas de Casa en 1956 y la declaración del 1 de diciembre como el día del ama de casa también han sido leídos en ese sentido (Pite, 2007).

10 Entrevistas a Elvira Moure y Elena Ramos Aguirre. Ambas fueron alumnas de los primeros cursos de cocina (una en la Escuela Profesional de Mujeres y la otra en el Ateneo) en los años cuarenta y trabajaron en la década de 1950 como docentes de los cursos de cocina del Ateneo. Elvira Moure fue posteriormente directora de la Escuela Profesional de Mujeres y, más tarde, de una Escuela Técnica.

ciones), la respuesta más frecuente ha sido el desconocimiento y hasta el asombro. Sin embargo, el peso de los discursos técnicos –en un tiempo en el que los usuarios poco podían opinar acerca del diseño de sus viviendas, y especialmente de ámbitos sumamente estandarizados como la cocina– no debiera ser infravalorado¹¹.

No todos los elementos presentes en el discurso de la racionalización corrieron la misma suerte. En particular, dos de ellos son recuperados en las experiencias de nuestras entrevistadas. Por una parte, la búsqueda de un diseño integral del espacio de la cocina en el que estuvieran previstos todos los artefactos que allí se dispondrían, para que cada objeto tuviera un lugar que no desarmonizara con el conjunto. Cuando reformó la cocina, una de las principales preocupaciones de María del Carmen R. –que manifestó un completo desconocimiento de los discursos vinculados a la racionalización, la organización del espacio en centros de trabajo, etc.–, fue que la nevera quedara integrada a las nuevas alacenas y bajo mesadas de fórmica («...que –la heladera- no quedara suelta porque no me gustaba»). Para ese entonces, hacía ya dos décadas que los arquitectos habían introducido el diseño de los muebles de cocina en los planos de carpintería de sus proyectos¹², y al menos diez años de que las revistas que María del Carmen compraba habían comenzado a presentar este tipo de mobiliarios y los materiales de los que estaban hechos como las innovaciones que habían devuelto la alegría a la cocina¹³. El interés de nuestra entrevistada en introducir esta novedad pareciera obedecer más a un criterio estético que funcional. El motivo central del discurso de la racionalización del espacio (la desaparición de los tiempos muertos) es diluido en la búsqueda de embellecer la cocina.

11 En una entrevista realizada a un oficial electricista que se desempeñó en el ámbito de la construcción durante nuestro período de análisis, ante la pregunta por los pedidos particulares de los futuros habitantes de las viviendas en cuya construcción él participara, nuestro entrevistado que en aquella época el que decidía era siempre el constructor y que la opinión de los usuarios era escasamente tenida en cuenta. Su propia esposa, como aclaró enseguida, no tuvo requerimientos particulares de ningún tipo cuando hicieron su propia casa. Todo se hizo siguiendo las indicaciones del constructor, que es «el que sabe». Entrevista a Eliazar C., marzo de 2009.

12 Véase el archivo personal del Arquitecto Camusso donado a la biblioteca del Colegio de Arquitectos de la provincia de Buenos Aires, distrito IX. Es interesante marcar que los bajo mesada diseñados por Camusso solían prever un pequeño espacio en su base que presumiblemente tuviera como función el que el ama de casa (o la empleada doméstica) pudiera meter en él la punta de sus pies y así acercarse más a la superficie de la cocina. Este detalle es parte de los diseños propuestos en el marco de los discursos de la racionalización del espacio de la cocina.

13 A diferencia de la mayoría de nuestras entrevistadas –que declaran no haber tenido nunca el hábito de comprar revistas femeninas– María del Carmen aún guarda algunos números de *Para ti* donde aparecían consejos para la decoración del hogar. En el caso de las otras entrevistadas, habría que evaluar el impacto de las imágenes de la cocina transmitidas por la televisión. En particular en Mar del Plata, el mismo sólo puede comenzar a pensarse a partir de 1960, año en que comenzó su transmisión el primer canal local (Pérez, 2009a).

El segundo elemento que aparece retomado en los relatos de las entrevistadas es el de la intención de reducir el tiempo implicado en el trabajo doméstico. Resulta notable que, en estos relatos, dicha intención sea escasamente vinculada a la organización del espacio. En cambio, la introducción de nuevos artefactos tiene en ellos un lugar central. El hecho de que la introducción de estos artefactos *no* haya modificado el tiempo demandado por las tareas del hogar y que, pese a ello, muchas de las entrevistadas continúen identificándolos como una importante «ayuda», permite evaluar la fuerza de los discursos que promovían su consumo¹⁴. En ellos se solía presentar a estos artefactos como los «liberadores» del ama de casa, haciendo desaparecer virtualmente el trabajo de las mujeres que no sólo debían ponerlos en funcionamiento sino que, luego de usarlos, debían lavarlos, secarlos y guardarlos. En las experiencias de las mujeres con cuyos relatos trabajamos, las prescripciones que hicieron de la cocina un espacio de confort parecen haber tenido un eco mucho mayor al que recibieran otros imperativos relativos a este ambiente.

Cocinas equipadas, cocinas de confort

Una cocina moderna es, ante todo, una cocina bien equipada, una cocina «cómoda». Amplios espacios para guardar alimentos, novedosos artefactos, modernos muebles funcionales confeccionados con materiales de radiantes colores y fácil limpieza... Los modelos de cocina a partir de los que se incita a la incorporación de nuevos objetos y nuevas tecnologías pueden pensarse como sistemas de objetos que habilitan la introducción de ciertos artefactos e inhiben la de otros¹⁵. En este caso, el consumo es el medio privilegiado tanto para alcanzar el confort como para reducir el tiempo del trabajo doméstico. Se trata de un consumo que, paradójicamente, supondría un ahorro posterior (de tiempo, fatiga y energía). ¿Consumo de qué? Ante todo, de artefactos que mecanizaran las tareas de la casa:

14 A pesar de la muy extendida idea de que los artefactos domésticos disminuyeron el tiempo implicado en las tareas de la casa, las principales transformaciones en relación al trabajo reproductivo se relacionan de manera más clara tanto con el acceso a los distintos servicios (luz, gas, agua corriente) y con los cambios en los ideales de mujer aceptados que con la incorporación de dichos objetos (Wajcman, 1995; Pérez, 2009b).

15 Martin Hand y Elizabeth Shove entienden que la conceptualización de la cocina funciona como «(...) un tipo de fuerza de campo que repele y mantiene juntos conjuntos particulares de imágenes, materiales y competencias y que es sostenido por ella»; [«(...) a kind of “force field” that repels and holds particular sets of images, materials, and forms of competence together and that is sustained by them.»] (Hand, Shove, 2004: 239). Traducción propia.

«E: la cocina entonces a gas, las estufas (calefactores) primero a kerosene y después a gas... ¿y la heladera (nevera)?

C: Heladera (nevera) tenía eléctrica... Sí, sí

E: ¿eléctrica siempre?

C: Sí, sí, sí, sí, yo siempre, sí. Siempre tuve eléctrica. Y tenía la... en ese entonces yo tenía... porque mi marido hizo así. Mi marido siempre... era un ser muy especial. Todo el mundo lo quería. Una maravilla. Era buen hombre, buen marido, era... no era romántico, en el sentido qué sé yo... viste que antes, en esa época los hombres tenían vergüenza de ser románticos, pero era un tipo que a pesar de ser así, que era medio... sí, no serio porque conmigo fue siempre adorable... Yo era empleada de él. Primero entré como empleada para hacer copias, después me puso en otro lugar, después me... me... era la secretaria de él. Y nosotros empezamos como a noviar y en... en 5 meses nos casamos. Pero había trabajado casi 2 años con él. Pero él... mi mamá lo adoraba después. Era muy buen mozo, la verdad que sí, muy buen mozo era. Un tipo alto... mis hijos también, son los dos buen mozo. Pero este... era muy bueno. Todo el mundo lo quería. Y este... cómo se llama... Así que no bien nos casamos... a lo primero... yo viví un año en Buenos Aires, porque por eso nos casamos tan apurados, porque a él lo mandaron para allá. Yo le dije "si vos te vas para Buenos Aires esto se acabó" y entonces él "no, no, nos casamos", viste. Y entonces lo primero que hizo fue me compró la Martinco que era la primera máquina de lavar que salió en la Argentina.

E: qué bueno...

C: Martinco, era enorme, grandota. Lo que tenía eh... se secaba la ropa por un rollo. Que yo nunca lo usaba porque... era como si fuera un rollo viste esos de pasta...

E: sí

C: Bueno, así era... vos hacías así... tenías que acomodar si había botones. Yo digo "ma sí, para qué tanto lío..." si acá se secaba la ropa tan bien que no... ni bien la sacaba y la tendía (risas)... (...) Bueno, yo mirá, cuando tuve televisor me acuerdo que... mi marido si había, si salía algo, iba y lo compraba...» Entrevista a Celia I., junio de 2007.

Haber tenido acceso a todo «lo nuevo» es una marca de distinción en el relato de Celia I., una mujer de casi ochenta años, casada en 1952 con uno de los accionistas de una importante empresa constructora de la ciudad. El detalle de los bienes adquiridos se inscribe en el marco de una historia de amor que respeta los elementos clave de la novela rosa: el amor que trasciende las fronteras de clase y los imperativos sociales, el ascenso social alcanzado a través del matrimonio, etc. Ahora bien, Celia se jacta, además, de haber estado siempre vinculada al mundo público y, de hecho, pocos años después del nacimiento de

su segundo hijo, volvió a su puesto en la Compañía General de Tierras, al lado de su marido. Como las más jóvenes, las mujeres de mayor edad que adscribieron a los ideales referidos al ambiente de la cocina, no estaban (o al menos insisten en su discurso en no haber estado) en ese ambiente. A pesar de esa «ausencia», los novedosos artefactos tienen un peso central en el relato del pasado feliz. Ahora bien, ese peso no está dado por su utilidad, sino más bien por su valor simbólico, por su asociación con lo moderno. La automatización de cualquier tarea, más allá de su nivel de complejidad o dificultad, es tomada como síntoma de un progreso técnico del que hay que evitar quedar rezagado.

«La cocina moderna tiende a mecanizarse con la provisión de nuevos elementos que simplifican las tareas de la dueña de casa y le economizan esfuerzo, ahorrándole preocupaciones. En los Estados Unidos se venden ahora aparatos como el que muestra la foto, que no sólo abre las latas de conservas, frutas, etc., sino que automáticamente vierte el contenido a la fuente o plato en que sea menester, por obra de un dispositivo especial. Es de hacer notar que dicho utensilio es adaptable a todo tipo de envases, de modo que su utilidad es amplia.»



La cocina moderna tiende a mecanizarse con la provisión de nuevos elementos que simplifican las tareas de la dueña de casa y le economizan esfuerzo, ahorrándole preocupaciones. En los Estados Unidos se venden ahora aparatos como el que muestra la foto, que no sólo abre las latas de conservas, frutas, etc., sino que automáticamente vierte el contenido en la fuente o plato en que sea menester, por obra de un dispositivo especial. Es de hacer notar que dicho utensilio es adaptable a todo tipo de envases, de modo que su utilidad es amplia.

Nuevos artefactos (antes), nuevos materiales (después): el plástico, la fórmica, los materiales sintéticos en general introducen colores antes insospechados en la cocina. La consideración estética de este ambiente sufrió un impulso no menor en los años de la difusión de estos materiales. Como nunca antes, se publicitan muebles para cocina, ponderados por ser alegres, coloridos, de fácil limpieza, resistentes al uso y baratos. Para pasar de Cenicienta a princesa, a la cocina sólo le hizo falta vestirse de plástico.

Ilustración 6 - Para ti, 25 de diciembre de 1951

«La cocina, después de vivir durante años la historia de la Cenicienta, pasó a tener la apariencia aséptica, limpia y aburrida de un laboratorio (...). En los últimos años hemos observado las sucesivas metamorfosis por las que ha pasado la cocina para brindarnos ejemplos estéticos, coloridos y personales. Y dentro de este panorama, ¿cuál ha sido el aporte de los materiales sintéticos? LA COCINA Y LOS PLÁSTICOS. La cocina es sin duda la habitación de la casa asaltada con mayor entusiasmo por los plásticos. Alegrementemente se treparon por sus paredes bajo la forma de revestimientos líquidos Matcosol. La aplicación de dos manos cuesta aproximada-

mente 560 pesos el m2. Tres manos, alrededor de 730 pesos), o flexibles impermeables (“Carpenter” y “Clevyl”, desde alrededor de 700 pesos el m2 colocado); se estiraron en el suelo bajo la forma de baldosas de caucho sintético (“Pisoluxe” y “Pirelli”, cuyo precio es de 2300 hasta 2800 el m2 colocado)...» Para ti, 21-11-66.

Ahora bien, ¿quiénes consumían estos bienes de confort? A pesar de la fuerte inestabilidad económica percibida por distintos actores de la época, se ha señalado que desde 1943 se dio una tendencia a la reducción del peso de los gastos básicos (alimentación, vivienda y combustibles) en el consumo de los obreros industriales de Buenos Aires y al aumento del consumo «excedente» (Aroskind, 2003; Rapoport, 2003). De acuerdo a las series de precios mayoristas del INDEC, desde 1956 es posible observar un descenso relativo y continuado de los precios de los bienes durables, en particular de los aparatos eléctricos. De acuerdo a Adriana Marshall esta tendencia histórica es mejor explicada por la intervención del Estado (junto al movimiento favorable de los salarios reales) que por factores más estrictamente económicos (como los costos o los precios) (Marshall, 1981)¹⁶.

En las experiencias de nuestras entrevistadas, sin embargo, la introducción de estos novedosos artefactos al hogar presenta otra temporalidad. En la década de 1950, sólo es posible registrar la presencia de ese tipo de artefactos en el hogar de aquellas familias de mejor posición económica. Entre las familias de recursos económicos más escasos –aún entre aquellas que experimentaron un ascenso social en el período– el acceso a estos artefactos recién se dio entrados los años sesenta¹⁷. Esta imagen cobra magnitud cuando se observa que de las 1.630.973 viviendas censadas en la Provincia de Buenos Aires en 1960, sólo 690.963 poseían una nevera eléctrica, 454.593 poseían una cocina a gas de red o por tubos, (la gran mayoría, compuesta por 821.790 viviendas, aún estaba equipada con una a kerosén), y 538.731 contaban con un lavarropas. En 1960, del total del país, el distrito con una mayor proporción de viviendas equipadas con este tipo de bienes era la Capital Federal, seguido por los partidos que conforman el gran Buenos Aires. Si de los datos de la provincia antes citados

16 En el marco del discurso de propaganda peronista –en el que se destacaban datos acerca de las mayores facilidades para el acceso a la vivienda propia, del descenso del costo de vida, del aumento del consumo minorista de alimentos y vestido– se destaca el aumento de la producción nacional de neveras y lavarropas, lo que habría permitido hacerse de uno de estos bienes a buena parte de la población. La incitación al consumo de este tipo de artefactos tuvo que ver centralmente con el desarrollo de industrial de artefactos eléctricos y a gas del período (Pérez, 2009b).

17 Un ejemplo interesante, en este sentido, es el de las apariciones televisivas de Doña Petrona C. de Gandulfo. Ya en los años cincuenta Doña Petrona comenzó a introducir en sus consejos al ama de casa la introducción de modernos artefactos en su cocina, en especial de la cocina a gas o eléctrica. Sin embargo, en esos años, todavía incorporaba recomendaciones para quienes tenían cocina a carbón o a kerosén, lo que da cuenta de que estos elementos aún resultaban inaccesibles para buena parte de su audiencia (Pite, 2007).

excluimos el gran Buenos Aires, observamos que de las 727.402 viviendas censadas, sólo el 30% poseía nevera eléctrica, casi el 20% contaba con una cocina a gas de red o por tubos y poco más del 30% poseía un lavarropas.

A partir de 1964 se ha observado una expansión del ingreso real de los asalariados. Por poner un ejemplo, en septiembre de 1964, la cuota mensual de una nevera eléctrica Marshall era de \$1109 mensuales y de una Aurora, \$1467.¹⁸ Trabajando 40 horas semanales, un electricista debía destinar mensualmente poco más del 11% de su salario a la adquisición de una nevera Aurora –o casi un 9% para una Marshall–, mientras un peón de electricista debía destinar poco más que un 16% para una Aurora y un 12% para una Marshall. Si observamos que para el mismo período, el kilo de pan costaba \$23,50 y \$142.50 el de carne vacuna, podremos concluir que, si bien no se trataba de un bien económico, la nevera eléctrica era relativamente accesible, aunque no debieran desmerecerse las diferencias regionales a las que hicieramos referencia antes¹⁹. Para la década de 1960, es habitual observar que la presencia de estos artefactos es asumida en distintos tipos de discursos, desde sugerencias sobre decoración y advertencias contra accidentes domésticos, a recetas de cocina y recomendaciones sobre el ahorro de energía. En este tiempo, otros objetos fueron ganando y perdiendo el lustre de lo moderno y el barniz del lujo.

La cocina soñada: una cocina amplia, con espacios grandes para guardar cosas, construida con materiales modernos, una cocina bien equipada. Ya fuera que se tratase de cocinas a gas, neveras o licuadoras, mesadas de mármol o muebles de fórmica, la cocina *soñada* es una cocina que incita a comprar. El devenir de la cocina en epicentro del consumo puede observarse en la ubicación en este ambiente del televisor, la vedette de estas décadas, en especial a partir de 1960, cuando comenzó a popularizarse su presencia en el espacio del hogar²⁰. Si el lugar más habitual para el primer televisor entre nuestros entrevistados fue el living o living-comedor, en muchos otros casos, el primer televisor fue ubicado en la cocina. Esta diferencia no presenta, como podría pensarse, una relación estrecha con la posición económica de los hogares en cuestión. Encontramos tanto familias acomodadas como familias de trabajadores cuyo primer televisor fue ubicado en la cocina. La cocina bien equipada es un espacio en el que se puede permanecer incluso en tiempos de ocio, en el que no sólo se espera que permanezca el ama de casa. Ya no sólo «local habitable», la cocina asciende para transformarse –en ciertos discursos y en las prácticas de algunas familias– en *corazón del hogar*.

18 Los datos fueron extraídos de una publicidad publicada en el diario *La Capital* de Mar del Plata.

Ni aquí ni en otras fuentes similares (de otras publicaciones como *Para ti*) se especificaban el monto total o la cantidad de cuotas requeridas para el pago final de la nevera en cuestión.

19 *Boletín de Estadística*, julio-septiembre de 1964, INDEC.

20 Véase (Varela, 2005; Pérez, 2009a).

Consideraciones finales: corazón de hojalata, hogar de terciopelo

Hablar de la cocina es hablar también de otras cosas. Las cocinas de papel indican modos de domesticidad correctos. Como hemos visto, si en los discursos prescriptivos, las nuevas consideraciones en torno de la cocina van de la mano de una imagen de la mujer como ama de casa que encuentra plenitud en el ejercicio de las tareas domésticas, en las experiencias de las mujeres entrevistadas estos elementos se desdoblán. Quienes toman dicho modelo de mujer doméstica –que suelen ser las entrevistadas de mayor edad–, tienden a considerar el espacio de la cocina a partir de criterios más cercanos al higienismo dominante en décadas anteriores, al imperativo del ahorro y a la retórica del sacrificio. Por otra parte, quienes piensan la cocina de acuerdo a parámetros más cercanos a los de los discursos prescriptivos que aquí reseñamos –por lo general las más jóvenes entre nuestras entrevistadas–, abjurán del modelo de mujer doméstica antes descrito y se presentan, si no siempre protagonistas del afuera, sí en todos los casos a partir de una retórica más vinculada al disfrute que al sacrificio, al consumo más que al ahorro.

Los modelos de cocina han sido pensados como conceptos organizadores de los sistemas de objetos que a ella se incorporan. Si los objetos se consumen de acuerdo a tradiciones y usos vigentes, si los nuevos artefactos se domestican de acuerdo a las imágenes del hogar aceptadas, detenernos las transformaciones en las conceptualizaciones de la cocina puede darnos una buena perspectiva para analizar la incorporación de las nuevas tecnologías y artefactos a la vida cotidiana. Fuera de la Capital Federal, esta incorporación comenzó entre las familias de mayores recursos en los años cuarenta y cincuenta, para llegar a los hogares con presupuestos más restringidos recién entrada la década de 1960. La adopción de las nuevas formas en la cocina, por su parte, recién se registra desde esta década en todos los casos.

Resulta curioso que el espacio más estandarizado del hogar haya sido postulado al mismo tiempo como su corazón. Pero no es ésta la única curiosidad que contiene dicho ambiente. En los discursos sobre la cocina, se incita al consumo –o lo que es lo mismo, al gasto– para favorecer el ahorro –de tiempo, de energía, de dinero–; se vive en ella mientras se sueña con otro ambiente y se sueña con ella cuando se dice vivir en otro lugar. Quien conozca la historia del Mago de Oz sabrá que el Hombre de hojalata fue ante él en busca de un corazón. Quien conozca la historia del Hombre de hojalata sabrá que sólo consiguió de Oz un corazón de terciopelo. En el revés de la fábula, el hogar de terciopelo –refugio confortable de la armonía familiar y la satisfacción doméstica– implicó la creación de un corazón de hojalata: la cocina.

BIBLIOGRAFIA

- AROSKIND, Ricardo (2003): «El país del desarrollo posible», en JAMES, Daniel: *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 63-114.
- BALLENT, Anahí (2007), «Políticas de vivienda, arquitectura doméstica y culturas del habitar». En: TORRADO, Susana: *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX*. Buenos Aires: Edhasa, Tomo II, pp. 413-438.
- CEPEDA, Agustina (2007): «Pedagogía de la vida cotidiana familiar. Buenos Aires, 1900-1930», en ÁLVAREZ, Norberto (comp.): *Cuestiones de Familia. Problemas y debates en torno de la familia contemporánea*, Mar del Plata, Eudem, pp. 53-94.
- CRISPIANI, Alejandro (1996): «Transformaciones técnicas del hábitat doméstico: el sector cocina», en AAVV *Materiales para la Historia de la Arquitectura*. REUN/UNLP, La Plata, pp. 183-189.
- ELENA, Eduardo (2006): «Peronist Consumer Politics and the Problem of Domesticating Markets in Argentina, 1943 – 1955», *Hispanic American Historical Review*, Vol. 87, N° 1, pp. 111-150.
- FLOYD, Janet (2004): «Coming out of the kitchen: texts, contexts and debates», *Cultural Geographies*, 2004, 11, pp. 61-73.
- FREEMAN, June (2004): *The making of the modern kitchen. A cultural history*, Oxford, Berg.
- HAND, Martin y Elizabeth SHOVE, «Orchestrating concepts: kitchen dynamics and regime change in *Good Housekeeping* and *Ideal Home*, 1922-2002», *Home Cultures* Vol. 1, I. 3, 2004, pp. 235-256.
- HAYDEN, Dolores (1980): «What Would a Non-Sexist City Be Like? Speculations on Housing, Urban Design and Human Work», *Signs*, Vol. 5, N° 3, pp. 170-187.
- HENRI-GUERRAND, Roger (1991): «Espacios privados». en PERROT, Michelle y DUBY, Georges: *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus.
- KERTZER, David y Marzio BARBAGLI (2004): *La vida familiar desde la Revolución Francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1914)*, Barcelona, Paidós, Vol. 2.
- LEVI, Giovanni (1985): *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*, Madrid, Nerea.
- LIERNUR, José Francisco (1991): «Casas y jardines. La construcción del dispositivo doméstico moderno (1870-1930)», en DEVOTO, Fernando y Marta MADERO (eds.): *Historia de la vida privada en la Argentina: la Argentina Plural*, Buenos Aires, Taurus: 99-137.
- LIERNUR, José Francisco (1997): «El nido de la tempestad. La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1910)», *Entrepasados*, N° 13, pp. 7-36.

- MARSHALL, Adriana (1981): «La composición del consumo de los obreros industriales de Buenos Aires, 1930-1980», *Desarrollo Económico*, v. 21, N° 83, octubre-diciembre, pp. 351-374.
- MILANESIO, Natalia (2006): «'The Guardian Angels of the Domestic Economy' Housewives' Responsible Consumption in Peronist Argentina», *Journal of Women's History*, Vol. 18 No. 3, 91-117.
- NARI, Marcela (2004): *Políticas de maternidad y maternalismo político*, Buenos Aires: Biblos.
- NOLAN, Mary (1990): «"Housework Made Easy": The Taylorized Housewife in Weimar Germany's Rationalized Economy», *Feminist Studies*, Vol. 16, N° 3, pp. 549-578.
- PÉREZ, Inés (2009a): «La domesticación de la "tele": usos del televisor en la vida cotidiana. Mar del Plata (Argentina), 1960-1970», *Historia Crítica*, N° 39 (en prensa).
- (2009b): «El trabajo doméstico y la mecanización del hogar: discursos, experiencias, representaciones. Mar del Plata en los años sesenta», en MANZANO, Valeria, FELITI, Karina e Isabella COSSE (comp.): *Los sesenta de otra manera: vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo (en prensa).
- PITE, Rebekah (2007): *Creating a Common Table: Doña Petrona, Cooking, and Consumption in Argentina, 1928-1983*, Tesis de doctorado, Universidad de Michigan.
- RAPOPORT, Mario (2003), *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Buenos Aires, Macchi.
- RYBCZYNSKI, Witold (1991): *La casa: historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé.
- SVAMPA, Maristella (2001): *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, Buenos Aires, Biblos.
- VARELA, Mirta (2005): *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna, 1951-1969*, Buenos Aires, Edhasa.
- WAJCMAN, Judy (1995): «Domestic technology: labour saving or enslaving?». En JACKSON, Stevi y Shaun MOORES (eds.): *The Politics of Domestic Consumption. Critical Readings*, Cornwall: Prentice hall/ Harvester Wheatsheaf.

Recibido el 26 de julio de 2009
Aceptado el 23 de septiembre de 2009
BIBLID [1132-8231 (2010)21:105-128]